

Jorge Fuenzalida Pereyra

El Popol Vuh, una biblia americana



AMERICA, llamada el Nuevo Mundo, fué para la raza del hombre como el espejo del pasado perdido que daba una lección a su orgullo en la marcha hacia un porvenir de luz; fué sólo una imagen de nuestro más viejo mundo cruel que, adormecido, siempre mora en el inconsciente humano.

El hombre blanco germano ibérico, se encuentra de pronto, en un momento determinado de la Historia, con su propio y abandonado hacía miles de años en alguna selva hiperbórea, otra vez cubierto de pinturas de guerra, con hachas y flechas de obsidiana.

El descendiente del sacrificador púnico, o del Abraham que ofrenda su hijo al Altísimo, se enfrenta de nuevo con su gesto abandonado en la noche del tiempo: el brazo levantado en alto pronto a abrir con el áspero y certero pedernal el pecho de la víctima humana.

Entre las maravillas del Nuevo Mundo, relata Hernán Cortés que los aztecas tenían libros en que escribían las «cosas de su idolatría». Pero, cuando el hombre cristiano, occidental, civilizado, toma contacto consciente con el inconsciente de la especie, hecho carne y realidad en los mitos horrendos de nuestras viejas civilizaciones perdidas, también la vergüenza se hace

carne y se viste de indignación; como Mahoma derriba los ídolos, como Omar quema los libros.

Los libros indígenas perecen. Lo mucho que tenían que decirnos ya sólo es humo y silencio. La idolatría está terminada y su recuerdo, que podía perpetuarse en esos libros, con ellos calcinado. La piedra que eternizaba a los dioses, la piedra divinizada, ha vuelto otra vez a ser piedra simple de canteros, cimiento para los nuevos templos. Para el español cristiano la propiciación de la sangre ha terminado porque la sangre del Cristo, víctima humana y divina, la última de la Historia, ha borrado el Pecado del mundo.

También el alma de los viejos dioses quebrados sirve de equívoco cimiento al nuevo culto. Sobre el altar de la Madre de los dioses, se alza el altar de la Madre de Dios, en Tepeyac; en el santuario de Tezcatlipoca, el maravilloso Adonis azteca, el perfecto adolescente, se rinde culto a Juan el Apóstol, el joven puro y genial, el evangelista del Amor Divino, el anunciador de la eterna luminosidad del Dios Cristiano.

Nuestra conciencia del siglo XX no va a reprochar a la conciencia del siglo XVI. Nos podemos perfectamente explicar, sin pasión sectaria, a fray Juan de Zumárraga en México, a Diego de Landa en Yucatán, al Concilio de Lima que ordena destruir los «Quipus». Había que exterminar entonces el recuerdo del sacrificio humano y las prácticas satánicas. Menos explicables resultan hoy ciertas restricciones y destrucciones de nuestra época contra la cultura impresa.

Pasa el tiempo y la nostalgia india es más poderosa que el fuego de la fe. El indio recuerda y el indio aprende. En alguna choza perdida al borde de la selva, pasada la primera avalancha de hierro y fuego de la conquista, un hombre, tal vez un príncipe o un vástago de la estirpe sacerdotal, hace memoria de las antiguas enseñanzas, las viejas tradiciones, las historias de la raza:

«Este es el principio de las antiguas historias de este
 « lugar llamado Quiché. Aquí escribiremos y comenzaremos
 « las antiguas historias, el principio y el origen de todo
 « lo que se hizo en la ciudad del Quiché, por las tribus
 « de la nación quiché...»

He aquí la introducción de este libro extraño y grandioso que comentaremos, en cuyo autor anónimo se encarnó el genio de esa raza de contadores del tiempo que fué la nación maya-quiché. En los albores de la conquista, cuando misioneros franciscanos les enseñaron las letras del alfabeto nuevo, los hombres morenos forjaban la palabra ancestral juntando uno a uno los pequeños signos sin majestad ni color, sin fantasía ni misterio. El carácter sagrado del jeroglífico eternizado en la piedra, que además de hablar es símbolo y hechizo, pierde su expresión y se convierte en enigma. El indio olvida. Con la muerte de los dioses el sacerdocio ha perecido, y con ellos, también ha enmudecido la voz de las piedras. Las estelas fechadas, las columnas esculpidas de los templos se van quedando solas en las selvas y ya nadie puede leerles sus relatos. El libro sagrado de la nación quiché está perdido, tal vez oculto en alguna montaña, como el Arca Santa de Moisés, esperando la restauración; mientras tanto es necesario rehacerlo en las letras del invasor, bajo la ley del nuevo Dios:

« Esto lo escribimos ya dentro de la Ley de Dios, en
 « el Cristianismo; lo sacaremos a luz porque ya no se
 « ve el Popol Vuh, así llamado, donde se veía clara-
 « mente la venida del otro lado del mar y la narración
 « de nuestra oscuridad, y se veía claramente la vida».

Este libro misterioso, a la vez génesis, historia, profecía y ley moral, fué tal vez el que siglos antes diera el señor Naxcit (Quetzalcoatl) a los primitivos emigrantes quichés, «Las pinturas

de «Zuyvá», cuando partieron hacia el sur llevando su envoltorio de piedras sagradas a semejanza de los hijos de Israel.

« Existía el libro original, escrito antiguamente, pero
« su vista está oculta al investigador y al pensador.
« Grande era la descripción y el relato de cómo se acabó
« de formar todo el cielo y la tierra, cómo fué formado
« y repartido en cuatro partes, cómo fué señalado el
« cielo, fué medido y se trajo la cuerda de medir y
« fué extendida en el cielo y en la tierra, en los cuatro
« ángulos, en los cuatro rincones, como fué dicho por
« el Creador y el Formador, la madre y el padre de la
« vida, de todo lo creado, el que da la respiración y el
« pensamiento, la que da a luz a los hijos, el que ve
« por la felicidad de los pueblos, la felicidad del linaje
« humano, el sabio, el que medita en todo lo que existe
« en el cielo, en la tierra, en los lagos y en el mar».

En el párrafo transcrito se puede apreciar claramente la concepción Maya del Creador-Providencia, que no sólo se contenta con crear el mundo sino que vela por él y por las criaturas y se preocupa de su felicidad. También es interesante el concepto dual de la potencia creadora en acción: «la madre y el padre de la vida» correspondientes a los principios femenino y masculino que más adelante se personifican en la pareja creadora Ixpiyacoc e Ixmucané.

Llama la atención la capacidad intelectual de la raza maya creadora de una cultura que ha sido considerada por los especialistas como una de las más notables de la humanidad. Morley afirma que el pueblo maya es sin disputa el pueblo indígena más brillante del planeta (1).

(1) Silvanus G. Morley.—«La Civilización Maya». Ed. Fondo Cultura Económica; México, 1947, pág. 500.

Aun en la época de su decadencia, cuando la última de sus ciudades, Mayapán, había sido abandonada y los últimos «restos de los Itzaes» se habían refugiado en el lago Petén (después de la destrucción de la sagrada ciudad de Chichén Itzá), este pueblo saca fuerzas de su postración para hacer el legado de su estirpe a los pueblos nuevos.

Los contadores del tiempo no podían negarnos el último fruto de su obsesión: las cronologías. La cuenta de los años escrita desde los orígenes nos ha llegado fragmentada a través de los libros de Chilam Balam.

La antigua época que se ha llamado impropriamente el Viejo Imperio, con sus ciudades perdidas en las selvas del Petén y de Chiapas, Tikal, Uaxactun, Palenque, Copán, Quiriguá, en sus monumentales estelas de piedra también había dejado anotada la cuenta de los años según su calendario solar más perfecto que el nuestro. Pero, toda esta maravilla se extiende ya bajo el inmutable silencio de la muerte. Para los quichés de Guatemala, últimos descendientes de la gran raza, refugiados en las tierras altas del sur, la vieja patria muerta no es más que el lugar de los malos espíritus: Xibalbá, la región de la muerte.

Así como los mayas yucatecos nos legaron sus cronologías, los maya-quichés nos dejaron la herencia de sus remotas tradiciones. Tradiciones que remontando el tiempo rompen las más antiguas fechas para penetrar en la época mítica de la Humanidad. Allí está la versión de la Creación del Mundo, del Diluvio, de los gigantes y de los héroes y aún, el misterio insondable de la teología cristiana: la Trinidad Divina.

Para un pueblo que había creado un sistema matemático-astronómico de alta fidelidad, que había descubierto la causa de los eclipses y la forma de predecirlos, que había calculado con exactitud el año de Venus, que había inventado el Cero antes que ningún otro pueblo de la tierra y que ha podido ser comparado a los griegos por su talento artístico, no era extraño alcanzar también las más altas abstracciones de la filosofía reli-

giosa. Hay razones para afirmar que los mayas de la antigua época no eran idólatras; el dios más antiguo de su panteón era Hunab Ku, el Unico Señor. Los ídolos bajaron de la meseta de Anáhuac con las emigraciones toltecas, de donde vinieron también las prácticas sombrías de los sacrificios humanos.

Los quichés, al emigrar hacia el sur quedaron más alejados de esta influencia nefasta y pudieron tal vez conservar mejor la herencia de la Vieja Epoca con toda su riqueza de tradiciones milenarias, pues, aunque el Popol Vuh hace partir a las tribus desde el Yucatán (Zuyvá) en época posterior a la llegada de los Toltecas a Chichén Itza, también es cierto que la región que ocuparon ya estaba habitada por mayas de la antigua edad.

En el Popol Vuh se puede apreciar claramente una superposición de elementos de origen mexicano sobre los puramente mayas y ello es lógico desde que la misma emigración de las tribus se hace junto con un grupo de «yaquis» o sacrificadores toltecas.

Como se trata de una obra escrita en el período de la conquista, es indudable que hay una influencia cristiana en la obra quiché, empero, la armazón mitológica persiste en todas sus partes absolutamente original. Se ha llegado a establecer que el Popol Vuh fué escrito entre los años 1554 y 1558. Si se considera que el conquistador Alvarado había entrado a sangre y fuego en Guatemala en 1524, arrasando Gumarcaah, la capital quiché hasta los cimientos y quemando vivos a Oxib-Keh y Beleheb-Tzi, los reyes de la nación, no cabe duda que muy poco sería el cristianismo que se pudiera haber infiltrado a través de las creencias nacionales.

La penetración religiosa española se tuvo que realizar lentamente, a medida que los misioneros iban ayudando por medios pacíficos a cicatrizar las heridas de la conquista. El orgullo racial y la excepcional inteligencia de este pueblo, tuvieron necesariamente que contribuir a la conservación del patrimonio cultural, de tal modo que aunque esta relación se hiciera bajo el imperio

de la religión de los conquistadores, los misterios del cristianismo no habían podido ser todavía asimilados por el catecúmeno indígena, al menos en forma tal que pudieran superponerse a la antigua religión.

Se puede distinguir en la primera parte del Popol Vuh, que trata de la creación y de los mitos, una relación muy directa con los mitos universales sobre las mismas materias, aunque los detalles sean originales. A estos relatos nos referiremos en este trabajo.

1.—LA CREACIÓN DEL MUNDO

Es creencia universal que el mundo y en especial el hombre, han sido creados por Dios o por los dioses en un momento determinado del tiempo. Todos los pueblos tienen una versión particular del acontecimiento y todos coinciden en sus elementos esenciales.

Sin embargo, paralelo al mito de la creación existe entre algunos pueblos primitivos otra creencia que reside en lo más profundo del inconsciente humano: es lo que se ha llamado el Totemismo. Consiste esta creencia en una especie de teoría de la evolución latente en la mentalidad primitiva.

El totem es el animal, planta u objeto inanimado de los cuales el clan pretende descender, o bien, es la representación simbólica del espíritu colectivo. Entre los indígenas americanos el totemismo ha sido la base de sus organizaciones sociales, salvo algunas excepciones. Animales totémicos han sido especialmente considerados el águila, el leopardo, el tapir, la serpiente, el venado, el cóndor, la abeja y la llama.

Entre los aztecas, las órdenes de guerreros eran los del águila y del tigre (jaguar); entre los mayas parecen haber sido alguna vez animales totémicos, la serpiente, el venado, el jaguar y las avispas; los mayas chontales ^h honraban al tapir; los ^h indios peruanos al cóndor y a la serpiente; los incas especialmente al

llama, etc. Había algunos indígenas de Bolivia cuyo totem eran ciertos ríos y lagunas.

Podríamos decir que en la actualidad esas creencias primitivas subsisten aún en las insignias nacionales, que son representaciones de la colectividad organizada.

Entre los maya-quichés que tenían un pasado cultural de algunos milenios, aunque materialmente no habían salido ni nunca salieron de la edad de piedra, las creencias totémicas revestidas del elemento de lo maravilloso persistían muy desvirtuadas bajo los fundamentos de una religión profundamente depurada con una base mitológica muy completa en su estructura.

El Popol Vuh nos relata detalladamente el ciclo de la creación agregando elementos propios absolutamente originales. Debemos hacer presente que, si bien la influencia cristiana se hace notar especialmente en los comienzos del relato, hay una diferencia fundamental entre el texto bíblico y el relato quiché. En la Biblia, el proceso de la Creación en los siete días es de progresión constante y a través del texto se puede seguir un orden evolutivo; en el Popol Vuh, en cambio, la creación se efectúa por «ensayos» de los dioses. Estos ensayos frustrados terminan por una catástrofe y luego se comienza con una nueva creación más perfecta que la anterior.

«Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso,
« todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado, y vacía
« la extensión del cielo.

«Esta es la primera relación, el primer discurso. No
« había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces,
« cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni
« bosques: sólo el cielo existía.

«No se manifestaba la faz de la tierra. Sólo estaban
« el mar en calma y el cielo en toda su extensión.

«No había nada junto, que hiciera ruido, ni cosa alguna
« que se moviera, ni se agitara, ni hiciera ruido en el cielo.

«No había nada que estuviera en pie; sólo el agua en
« reposo, el mar apacible, solo y tranquilo. No había nada
« dotado de existencia.

«Solamente había inmovilidad y silencio en la obscu-
« ridad, en la noche. Sólo el Creador, el Formador, Tepeu,
« Gucumatz, los Progenitores, estaban en el agua rodeados
« de claridad. Estaban ocultos bajo plumas verdes y azules,
« por eso se les llama Gucumatz. De grandes sabios, de
« grandes pensadores es su naturaleza. De esta manera,
« existía el cielo y también el Corazón del Cielo, que este es
« el nombre de Dios y así es como se llama.

La analogía con el primer capítulo del Génesis es notable: la oscuridad primaria, las aguas cubriéndolo todo y el espíritu de Dios «empollando», fecundando las aguas. Las potencias creadoras aparecen aquí perfectamente definidas y, como más adelante veremos, su analogía con las divinidades de otros pueblos de Oriente es desconcertante.

La creación maya es un acto grandioso, una conmoción cósmica. Después de las primeras deliberaciones, la palabra divina se expresa:

«¡Tierra!, dijeron y al instante fué hecha.
« Como la neblina, como la nube y como una polvareda fué
« la creación, cuando surgieron del agua las montañas y al
« instante crecieron las montañas...».

Después de la primera palabra-acto, el Verbo maya-quiché, Gucumatz, que al igual que el Verbo de los misterios egipcios fecunda los limos primigenios, se goza en la obra realizada:

«Y así se llenó de alegría Gucumatz, diciendo: —¡Buena
« ha sido tu venida, Corazón del Cielo; tú Huracán, y tú
« Chipi-Caculhá, Raxa-Caculhá!».

Luego de la primera palabra, la creación se ordena en el proceso evolutivo, primero las montañas, los ríos, los valles, los mares, después los bejucos, las plantas, los árboles, las grandes coníferas, los reptiles, las aves, los animales cuadrúpedos... Pero, esta obra maravillosa tenía un defecto, carecía de la palabra inteligente, el don de los dioses:

«Pero no se pudo conseguir que hablaran como los
« hombres; sólo chillaban, cacareaban y graznaban...».

«Cuando el Creador y el Formador vieron que no era
« posible que hablaran, se dijeron entre sí: —No ha sido
« posible que digan nuestro nombre, el de nosotros, sus
« creadores y formadores. Esto no está bien...».

Porque los dioses mayas, como todos los dioses del mundo, son dioses celosos, ansiosos de adoración y sacrificio y su primera decepción es que el cántico de las criaturas no pueda llegar hasta ellos sino a través de un representante idóneo:

«Todavía habrá quienes nos adoren, haremos otros se-
« res que sean obedientes...».

«Así, pues, probemos a hacer unos seres obedientes,
« respetuosos, que nos sustenten y alimenten».

.....

«Entonces fué la creación y la formación. De la tierra,
« de lodo hicieron la carne del hombre».

Pero, esta primera creación es un nuevo fracaso de los creadores:

«Vieron que no estaba bien, que se deshacía, estaba
« blando, no tenía movimiento, no tenía fuerza, se caía,
« estaba aguado, no movía la cabeza, la cara se le iba para

« un lado, tenía un cuello muy grande, no podía ver para
« atrás. Al principio hablaba, pero no tenía entendimiento».

Después del primer ensayo, los dioses deciden encargarse esta tarea a Ixpiyacoc e Ixmucané, el abuelo y la abuela, la Pareja creadora Maya-quiché, y éstos, que son grandes brujos, echan suertes para decidir de qué material formarán al nuevo hombre, y deciden hacerlo de madera.

«Entonces hablaron y dijeron la verdad: —Buenos
« saldrán vuestros muñecos de madera; hablarán y conver-
« sarán sobre la faz de la tierra».

El optimismo de los dioses por su nueva creación no es duradero. Estos muñecos de madera que «se parecían al hombre, hablaban como el hombre y poblaron la superficie de la tierra» fueron unos ingratos.

«Existieron y se multiplicaron, tuvieron hijos los mu-
« ñecos de palo; pero no tenían alma, ni entendimiento, no
« se acordaban de su Creador, de su Formador; caminaban
« sin rumbo y andaban a gatas».

«Ya no se acordaban del Corazón del Cielo y por eso
« cayeron en desgracia. Fué solamente un ensayo, una
« muestra de hombres.

«Hablaban al principio, pero su cara estaba enjuta;
« sus pies y sus manos no tenían consistencia; no tenían
« sangre ni substancia, ni humedad, ni gordura; sus mejillas
« estaban secas, secos sus pies y sus manos, y amarillas sus
« carnes.

«Así, ya no pensaban en el Creador ni en el Formador,
« en los que les daban el ser y cuidaban de ellos».

Es extraordinaria la similitud de este relato con el relato

bíblico, en el aspecto de la ingratitud del hombre para con su Creador. El hombre de palo no será destruido, como veremos posteriormente, por estar materialmente inadecuado a la existencia, sino por ser ingrato al Corazón del Cielo. En todos los mitos que relatan los antecedentes del Diluvio se hace ver esta razón, la negativa del Hombre a ser fiel a Dios o a los dioses.

En esta parte del Popol Vuh se pueden apreciar las superposiciones mitológicas: posiblemente en un principio se enseñó que el hombre fué hecho de barro, pero luego, el racionalismo natural, influído por el mito solar aceptado posteriormente, hizo la crítica de este mito y suplantó a las leyendas anteriores hasta crear por último al hombre hecho de la masa de maíz, cereal básico de la civilización americana. Igualmente, se nota una mayor complejidad de potencias divinas a medida que se hace más complejo el proceso de la creación.

LA TRINIDAD MAYA-QUICHÉ

Hay en el fondo de la mitología maya-quiché, poblada a través de los milenios, por una infinidad de divinidades menores, un principio de monoteísmo perfectamente claro. Cuando habla el Popol Vuh del génesis, menciona el nombre bellissimo de esta divinidad: es el Corazón del Cielo. Huracán. Ni el más puro monoteísmo hebreo creó para Yah-Eli-Adonai (los tres nombres de Dios) un nombre más expresivo. Para ellos, Dios es el Altísimo, el Señor de los Ejércitos, indicando con estos nombres su inalcanzable esencia y su tremendo poder. Para el maya, en cambio, es el Corazón del Cielo, indicando así entre los atributos divinos el de centro de la Vida.

Pero, aún hay más, este Huracán es una trinidad. En algunas religiones orientales hay trilogías divinas (Brama, Siva, Visnú en la India; Osiris, Isis, Horus, en Egipto). Pero estas trilogías se componen de tres dioses diferentes con atributos propios, o bien, se confunden en el Todo Panteísta. Entre lo qui-

chés, en cambio, las tres potencias o manifestaciones divinas se confunden:

«El primero se llama Caculhá Huracán, el segundo «Chipi-Caculhá. El tercero Raxa-Caculhá. Y estos tres son «el Corazón del Cielo».

Es decir, que en forma semejante a la teología cristiana, la teología maya concibe un Dios en Tres Personas. Posiblemente, el anónimo autor del Popol Vuh, que recibió las enseñanzas del cristianismo, pudo escribir bajo dicha influencia, pero, en este caso especial, se trata de nombres que no podían ser improvisados para conciliar la religión del invasor con los mitos nacionales.

Estas coincidencias, junto a muchas otras, han dado origen a una serie de teorías sobre las civilizaciones americanas y sus relaciones con los pueblos occidentales.

Entre las primeras teorías está aquella que creía ver en los mayas descendientes de las tribus perdidas de Israel. Esta extraña conjetura tuvo algún éxito en Europa hasta fines del siglo XIX y a juzgar por un peregrino trabajo que hemos leído hace poco, aún la sustentan algunos eclesiásticos centroamericanos.

Algunas coincidencias que produjeron grande admiración a los primeros conquistadores, dieron origen a dicha suposición, especialmente el haberse encontrado una apariencia de circuncisión en los autosacrificios en honra de los dioses para mortificar la carne y mantener la castidad.

Por otra parte, en la misma práctica de la castidad, en ciertas formas de bautizo, el haberse encontrado en Palenque dibujos de cruces en los templos, permitieron suponer alguna remota influencia cristiana.

Si bien es casi disparatada la suposición de considerar a los mayas descendientes de los hijos de Israel, es más plausible la

teoría de la influencia cristiana que pudo llegar a América desde Irlanda. En todo caso, el patrimonio religioso y cultural indígena persistió absolutamente intacto.

La historia indígena americana está llena de estas coincidencias, similitudes y misterios que sería largo explicar y que no dicen relación directa con la índole de este trabajo, pero a pesar de ellas podemos afirmar que el desarrollo cultural de los pueblos americanos, sus concepciones intelectuales, poéticas, religiosas, sus manifestaciones artísticas, sus monumentos, etc., son totalmente originales y no acusan relación de dependencia con ninguna de las civilizaciones del Viejo Mundo.

Durante mucho tiempo existió la obsesión de hacer proceder la cultura y las razas de América de alguna parte del antiguo continente. Hoy día ya no se considera de necesidad absoluta que los hombres americanos hayan venido de alguna parte, al menos en un pasado histórico más o menos remoto.

3.—MITOS PREDILUVIANOS

a) *Los gigantes.*

Entre los mitos más antiguos, comunes a toda la humanidad, se encuentra el de los gigantes.

La mitología griega está llena de ellos; los Titanes, esos potentes hijos de la Tierra que pretendieron asaltar el Olimpo. La Biblia, refiriéndose a la humanidad antediluviana, nos dice que «en aquel tiempo había gigantes sobre la tierra» (Gén. VI-4) y más adelante agrega que éstos fueron producto de la unión de los hijos de Dios con las hijas de los hombres, las dos primeras razas en que se dividió la humanidad, según la tradición hebrea.

En todas las leyendas del mundo los gigantes han llegado a ser figuras familiares.

Según el Popol Vuh, estos gigantes eran hombres sober-

bios. En la Biblia también se manifiesta esta característica de estos «varones de nombradía».

En el relato quiché existe un personaje cuya soberbia es tan grande que se coloca en el lugar mismo de los dioses. Es, sin lugar a dudas, el retrato de Lucifer, que ha sido llamado por el Cristo, Príncipe de este Mundo.

«Había entonces muy poca claridad sobre la faz de
« la tierra. Aun no había sol. Sin embargo, había un ser
« orgulloso de sí mismo que se llamaba Vucub-Caquix.

«Existían ya el cielo y la tierra, pero estaba encubierta
« la faz del sol y de la luna».

«Y decía (Vucub-Caquix): — Verdaderamente son una
« muestra clara de aquellos hombres que se ahogaron y su
« naturaleza es como la de seres sobrenaturales.

«—Yo seré grande ahora sobre todos los seres creados
« y formados. Yo soy el sol, soy la claridad, la luna, exclamó.
« Grande es mi esplendor. Por mí caminarán y vencerán
« los hombres. Porque de plata son mis ojos, resplande-
« cientes como piedras preciosas, como esmeraldas; mis
« dientes brillan como piedras finas, semejantes a la faz
« del cielo. Mi nariz brilla de lejos como la luna, mi trono
« es de plata y la faz de la tierra se ilumina cuando salgo
« frente a mi trono.

«Así, pues, soy yo el sol, yo soy la luna, para el linaje
« humano,

«Así será porque mi vista alcanza muy lejos».

En esta relación algunos elementos que es preciso hacer notar: este príncipe soberbio es contemporáneo del Gran Diluvio y reina en una época de oscuridad, porque la faz del sol y de la luna está «encubierta». Este tema de la época sin sol es un tema que se repite a través de todo el Popol Vuh; lo encontramos también entre las tradiciones aztecas y mexicanas en general,

en las primitivas leyendas peruanas y hasta entre los Onas de la Patagonia. Aun más, es evidente, al estudiar las teogonías indígenas, que el culto solar es posterior a otros cultos más antiguos.

Vucub Caquix es un personaje lleno de esplendor, vestigio tal vez en el recuerdo humano del señor de alguna antiquísima raza, potente y atrevida, que se alzaba contra el mismo poder de los dioses.

Los gigantes de la Biblia son soberbios como los Titanes y como Vucub Caquix, este padre de los gigantes. Sus hijos conmueven las montañas, uno es el creador de volcanes, el otro es el hacedor de cataclismos: Zipacná y Cabracán son sus nombres. También, como el Prometeo de Esquilo, son más viejos que los dioses.

En los tiempos de Platón se recordaban aún los viejos mitos. En los Diálogos se comentan las remotas tradiciones; los asaltantes del Paraíso; los ladrones del fuego sagrado; a Hércules, el robador de las manzanas áureas y los atlantes, los soberbios hijos de Poseidón. Esta Atlántida, hundida en el océano por la cólera de los dioses, es una tierra de obsesión. Hasta los más sesudos sabios han salido de la fría investigación racional para soñar un poco con ella. Es tan hermosa la poesía del mito que nadie puede escapar a su encanto.

Y dice el Timeo que estos atlantes eran poderosos magos y más adelante el inconcluso Critias refiere la cólera de Zeus contra su maldad. ¿Fué acaso la Atlántida la patria de los gigantes? ¿Era acaso esta descomunal grandeza, más que física, una gran potencia intelectual?

Para modernizar el mito podríamos imaginarlos poseedores del secreto del átomo y suponer su destrucción ocasionada por una superbomba de Hidrógeno... y luego seguir soñando.

Desgraciadamente, no podemos aún ubicarle un lugar satisfactorio en la carta geográfica del mundo y queda por otro lado el hecho histórico, enunciado por Ratzel, que «mientras el

océano Atlántico, antes de ser surcado por los europeos, ha tenido el papel de un verdadero abismo, el Pacífico fué el teatro de las más activas comunicaciones intercontinentales» (1).

Para nuestro estudio no tiene interés la Atlántida. Si queremos encontrar el lugar de relación de los más antiguos mitos comunes a todos los hombres, debemos orientarnos hacia el Pacífico, pues, si los pobladores de América los recibieron de otra parte, es por allí desde donde vinieron.

Nos inclinamos, sí, a suponer que la raza americana es hermana de otra antiquísima que pobló el Viejo Continente y que desarrolló sus posibilidades culturales en forma original, de acuerdo con su propio genio. Si hay similitud en sus creaciones, ellas se deben a la comunidad de características espirituales que determinaron una misma modalidad de reacción.

Algunos han llamado a los Mayas los egipcios del nuevo mundo, pero otros autores, en cambio, aseguran que entre ambas civilizaciones sólo existe de común la palabra «pirámide», y tienen razón.

La pirámide maya es escalonada y en su cima está el templo-observatorio. No tiene nada de egipcia, fuera de la eternidad que le confiere la piedra, pero sí, tiene mucho de sumero-caldea.

El pueblo Maya y el pueblo Sumerio fueron eminentemente agricultores y necesitaban tener puesta la vista en el cielo y en los astros porque en ellos iba gran parte de su vida.

Algunos autores atribuyeron a los Arios el descubrimiento de la astronomía, porque, como eran un pueblo de pastores, el pastoreo les dejaba el tiempo suficiente para echarse de espaldas en el campo, como un moderno excursionista, y mirar las estrellas. Hermosa y antihistórica hipótesis. Pudo ser que alguna vez un muchacho ocioso, poeta anónimo de la era del pedernal, mirando las estrellas elaborase hermosas fábulas, les diera nombres y soñara con ellas, pero, es difícil que obtuviera un conocimiento

(1) I. Imbelloni.—«El Libro de las Atlántidas».

útil y científico de sus observaciones. La necesidad y no la ociosidad ha sido la madre del progreso humano.

El agricultor, en cambio, que debía averiguar la época oportuna de su siembra, recolectar su cosecha antes que la destruyeran las lluvias, avizorar los temporales para disputarles a tiempo su sustento, él sí tenía que mirar los astros, escrutar las veleidades del viento, tomarle la temperatura al sol, seguir su marcha día por día y fiscalizar las fases de la luna, la misteriosa reguladora del crecimiento.

No fué astrónomo el hijo del pastor Seth sino el nieto del recolector de los frutos del tremendo fratricida Caín.

Las bestias son andariegas, siguen su destino por los caminos de Dios, y, en pos de ellas, Yima el pastor iráneo, siente que su Dios detrás de cada horizonte le crea un mundo nuevo... y sigue de región en región la huella de sus ganados.

La tierra, en cambio, está siempre ahí, desmayando su extensión bajo los cielos benignos o implacables. En ella las ciudades petrificadas de los hombres se elevan como un hormiguero más ante los ojos del Creador y en medio de ellas el templo escalonado es como una plegaria sin fe, que mejor que ofrenda y oración es atalaya en la que el hombre escruta la voluntad de los astros para torcer su propio destino.

De la raza de estos hombres fué sin duda la raza de los gigantes. Ellos leyeron el libro de los cielos, ellos midieron los espacios y contaron el tiempo, y luego, lo desafiaron en la eternidad de la piedra dejando su recuerdo para siempre.

Pero los gigantes son al fin vencidos, Prometeo es encadenado y los paladines de la leyenda maya-quiché destruyen el poderío de Vucub-Caquix y de sus hijos. Así nacen los héroes.

b) Los héroes: el mito de los mellizos.

Hubo alguna vez, en alguna parte, una pareja de mellizos. En las leyendas de diversos puntos de la tierra aparecen con fre-

cuencia estos hermanos y siempre su recuerdo, más profundo y antiguo que el de ningún otro héroe, va unido a la memoria de grandes hazañas.

Tal vez para el hombre primitivo este fenómeno, que es de excepción en la especie humana, iba rodeado de un hálito sobrenatural. En las diversas leyendas de mellizos se puede hacer una distinción entre aquellas que resultan de una personificación de el primer fenómeno natural que atrajo la especulación humana: la luz y las tinieblas, y otro grupo de leyendas en que los mellizos son verdaderos héroes antropomorfos.

Del fenómeno natural del día y de la noche la luz y las tinieblas, se derivan posteriormente los cultos duales a las potencias buenas y malas. Estos poderes aparecen como iguales y al personificarlos lógicamente resultan gemelos. En América del Norte había grupos indígenas que rendían culto a un hermano negro y a un hermano blanco, que luchaban constantemente entre ellos del mismo modo que Ahura Mazda y Ahrimán en la mitología iránea.

Por otra parte, en muchos pueblos antiguos aparecen los héroes mellizos, perfectamente individualizados, realizando determinadas hazañas. Se llamaron a veces, Castor y Polux o Rómulo y Remo, y, entre los maya-quichés, Hunahpú e Ixbalanqué.

«Este es el principio de la derrota y de la ruina de la
 « gloria de Vucub-Caquix por los dos muchachos, el pri-
 « mero de los cuales se llamaba Hunahpú y el segundo
 « Ixbalanqué. Estos eran dioses verdaderamente. Como
 « veían el mal que hacía el soberbio, y que quería hacerlo
 « en presencia del Corazón del Cielo, se dijeron los mu-
 « chachos:

«—No está bien que esto sea así, cuando el hombre
 « no vive todavía sobre la tierra. Así pues, probaremos a
 « tirarle con la cerbatana cuando esté comiendo; le tira-

« remos y le causaremos una enfermedad, y entonces se
« acabarán sus riquezas, sus piedras verdes, sus metales
« preciosos, sus esmeraldas, sus alhajas de que se enorgu-
« llece. Y así lo harán todos los hombres porque no deben
« envanecerse por el poder ni la riqueza».

Y así comienzan sus hazañas. El texto no deja lugar a dudas que estos héroes pertenecen al período mitológico; son anteriores a la creación del hombre.

Después de matar a los gigantes siguen sus hazañas en su lucha contra los demonios de Xibalbá. Los hermanos son grandes deportistas: jugadores de pelota, y atraen sobre ellos la ira de los señores del Infierno, quienes los desafían con el fin de darles muerte. Pero ellos salen triunfantes de todas las pruebas con ayuda de los animales y vengan la muerte de su padre Hun-Hunahpú.

Aquí la historia se complica. El padre de los mellizos tenía también otro hermano mellizo y había engendrado, antes que a nuestros héroes, otros dos hijos mellizos. No entraremos en detalle; sólo diremos que todos descendían de la pareja creadora primitiva: el Abuelo y la Abuela.

El elemento maravilloso nos trae al recuerdo las hazañas del Ramayana; la metamorfosis continua de todos los personajes míticos, parece un relato de las Mil y una Noches y el conjunto es de una extraordinaria belleza.

Al final de sus hazañas, los hermanos suben al cielo y allí residen llenos de esplendor en sus respectivas moradas del sol y de la luna.

El mito de los mellizos se encuentra también entre los guaraníes. Es la historia de los hijos de Moira y de Mikura engendrados en una misma madre. Estos niños son criados también por una vieja que es madre de los tigres. Si se comparan los diversos elementos de ambas leyendas, se puede apreciar una notable semejanza.

c) El diluvio universal

No podría dejar de aparecer entre las tradiciones mayas la del diluvio universal. Ya ha pasado la época en que este famoso diluvio se atribuía a la fantasía oriental de la Biblia. Existen pruebas de este acontecimiento en las tradiciones más remotas de casi todos los pueblos de la tierra, y, aún más, hay autores que se inclinan actualmente a aceptar varios diluvios universales.

En el texto quiché es notable la coincidencia que existe entre este suceso y la aparición del sol, la luna y las estrellas. En el texto bíblico se habla de un período en que aún no había llovido, pero en cambio, un vapor suave brotaba de la tierra; más adelante, cuando habla del comienzo del mismo diluvio dice que «se abrieron las cataratas del cielo». Y volviendo al Génesis en su primer capítulo, dice que Dios separó las aguas en dos porciones, las que estaban encima y las que formaron los mares. Esto podría dar lugar a suponer que el hombre es contemporáneo de un período muy cálido en que, sobre la atmósfera terrestre, existía una gran capa de nubes que cubrían la vista directa del sol y de los astros. Posteriormente, esta época de tibieza y humedad, que pudo tal vez permitir el desarrollo de la vida en forma exuberante, fué transformada por algún cataclismo cósmico que produjo la condensación repentina de las nubes originando este diluvio.

El Popol Vuh da a esta catástrofe el carácter explícito de un castigo de los dioses:

«Una inundación fué producida por el Corazón del Cielo;
« un gran diluvio se formó que cayó sobre las cabezas de los
« muñecos de palo».

Como vimos anteriormente, este castigo del Corazón del

Cielo es provocado por la soberbia y la ingratitud de estos seres, y no sólo consiste en la inundación misma, sino que es la naturaleza toda la que se rebela contra los ingratos. Ciertos animales legendarios los atacan y los despedazan.

«Y esto fué para castigarlos porque no habían pensado
« en su madre ni su padre, el Corazón del Cielo, llamado
« Huracán. Y por este motivo se oscureció la faz de la tierra
« y comenzó una lluvia negra, una lluvia de día, una lluvia
« de noche.

«Llegaron entonces los animales pequeños, los animales
« grandes, y los palos y las piedras les golpearon las caras.
« Y se pusieron todos a hablar; sus tinajas, sus comales,
« sus platos, sus ollas, sus perros, sus piedras de moler,
« todos se levantaron y les golpearon las caras».

Todos los seres animados e inanimados de que se servían cobran vida para echarles en cara su maldad. Y son los seres humildes los que ahora se convierten en jueces y vengadores y los hacen sufrir aún más en medio de su tribulación:

«A toda prisa corrían desesperados los hombres de palo;
« querían subirse sobre los árboles y los árboles los lanza-
« ban lejos querían entrar a las cavernas y las cavernas los
« rechazaban.

«Así fué la ruina de los hombres que habían sido creados
« y formados, de los hombres hechos para ser destruídos
« y aniquilados: a todos les fueron destrozadas las bocas
« y las caras.

«Y dicen que la descendencia de aquellos son los monos
« que existen ahora en los bosques; éstos son la muestra
« de aquéllos, porque de palo fué hecha su carne por el
« Creador y el Formador.

«Y por esta razón el mono se parece al hombre, es la

« muestra de una generación de hombres creados, de hombres formados que eran solamente muñecos y hechos solamente de madera».

El Diluvio cierra un ciclo de la vida. El mundo comienza de nuevo con la creación del nuevo hombre hecho de la pulpa del maíz y amasado con la sangre de la serpiente. El mundo que comienza es la era del sol y del maíz, es el nacimiento definitivo de la raza Maya triunfante sobre las antiguas pesadillas. El maíz es el don maravilloso del Corazón del Cielo, es el sol bajado a la tierra para hacerse alimento, es para el indio eucaristía de vida, cuerpo de los dioses y materia divina que entra en la formación del hombre. Esta es toda la gratitud de una raza hacia el cereal de los penachos rubios que hizo posible su desarrollo cultural.

Este trabajo debe terminar aquí porque pretendíamos dar a conocer los mitos universales a través del Popol Vuh, Libro de las Historias del Quiché. El libro relata después la historia de las emigraciones del pueblo a partir desde el siglo XI en que se produce el último resurgimiento maya bajo la influencia de los Toltecas venidos de Tulán, hasta la llegada de los españoles.

Popol Vuh es el testamento de la raza quiché que espera, sumida en el silencio, pero hasta hoy orgullosa y libre en el espíritu, que se cumpla el ciclo histórico, profetizado desde su milenario pasado, en que ha de terminar la dominación del hombre blanco.

Ellos dicen que sus libros proféticos, escritos por sus sabios «Ah kines», sacerdotes del culto solar, anunciaron la venida del cristianismo y de los hombres blancos, pero esos mismos profetas midieron el tiempo de su poderío. Tres veces fué destruído el mundo según sus crónicas y ha de serlo todavía una cuarta vez. Para entonces, el pueblo maya-quiché espera con la firmeza y el silencio de sus mismas estelas milenarias que para la eternidad custodian el enigma de sus ideas petrificadas.

BIBLIOGRAFIA

- POPOL VUH.—«Las antiguas historias del Quiché». Versión de don Adrián Recinos. Fondo de Cultura Económica. México, 1947.
- SILVANUS G. MORLEY.—«La Civilización Maya». Id., 1947.
- LANDA, Fr. Diego de.—«Relación de las Cosas de Yucatán».
- LAS CASAS, Fr. Bartolomé de.—«Breve Relación de la Destrucción de las Indias».
- SAHAGUN, Fr. Bernardino de.—«Historia de las cosas de Nueva España».
- ALVARADO, Pedro de.—«Cartas de Relación».
- FRAZER.—«Totemismo y Exogamia».
- IMBELLONI.—«El Libro de las Atlántidas».
- RADIN PAUL.—«Los Indios de América del Sur». Ed. Pleamar, Buenos Aires, 1948.
- BRINTON, Daniel G.—«La Raza Americana». Ed. Nova. Buenos Aires, 1946.
- PLATÓN.—«Diálogos».